

y firme. «Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!

El general Miramon tendió una mirada sobre todo el ejército y el pueblo, y con aquella serenidad que lo acompañó siempre en los mayores peligros, dijo con voz enérgica. «Mexicanos: En el consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, prontó á perderla, cuando ya no me pertenece, cuando voy ya á comparecer delante de Dios, proclamo ante vosotros todos, ante el mundo entero, que jamás he merecido la nota de traicion que se ha querido arrojarne para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen; y perdono á los que me lo imputan, esperando que Dios me perdone; y que mis compatriotas, haciéndome justicia, aparten tan fea mancha de mis hijos. ¡Viva México!

Colocándose luego cada uno en su respectivo puesto, es decir, Miramon en el centro, Maximiliano á su derecha y Mejía á su izquierda, el Emperador separó su rubia barba, poniéndola sobre sus hombros; y mostrando á los soldados el pecho, encargó no le dieran en la cara. El general Miramon señalando su corazon, dijo, «aquí» y levantó su vista al cielo; y el general Mejía no dijo una palabra, y cuando vió que los soldados iban á disparar las armas, separó de su pecho la mano en que tenia la imágen de Jesucristo crucificado.....La multitud se hallaba consternada.....el oficial encargado de la ejecucion dió la señal de fuego; y.....una descarga puso en tierra á las tres víctimas.....

¡Aquella sangre, abriendo la tumba del partido que la hizo derramar, salvó al pueblo por quien se derramó!... ¡México quedaba redimido de sus desventuras sociales, con un sacrificio singular, en el orden puramente humano!

CAPITULO X.

Conclusion de la obra.

Voy á concluir. Despues de incontables dificultades, quiere Dios que ponga fin á esta obra, en la cual me propuse presentar en un solo cuadro todos los acontecimientos que forman la historia general de nuestro país, con la esperanza de que esto sea una leccion de que se pueda aprovechar la posteridad.

México está llamado á ocupar un lugar importante, tal vez de los primeros entre las naciones civilizadas: y me parece del mayor interés, señalar la tortuosa y difícil senda de desgracias porque ha caminado tantos siglos, y describir el camino seguro por donde ha de llegar á su felicidad.

En el oscuro fondo de los siglos donde se pierde la historia antigua de los pueblos, me pareció señalar como punto de partida para la narracion, el famoso acontecimiento de la confusion de las lenguas en las llanuras de Senaar al construir la torre de Babel; y esto por dos razones. La primera, porque de aquél punto partieron los

pobladores de todos los puntos de la tierra; y la segunda, porque hay bastante analogía entre la torre de Babel y el Cerro de las Campanas. Lo que el primero fué en el orden físico, ha sido el segundo en el orden moral: son como los dos eslabones extremos de una cadena; pues en uno y otro vemos la confusión de lenguas, la división, el abatimiento del orgullo humano. Estos puntos de analogía, entre estos dos lugares célebres, me determinaron á partir con la narración histórica desde los campos de Se-naar, para venir á soltar la pluma en el valle de Querétaro.

En todo el curso de la narración hemos visto á México, siempre generoso, luchando como un atleta para llegar á su grandioso destino que ha podido vislumbrar al travez de los siglos, desde su más remota antigüedad; pero siempre desgraciado en el fondo de un abismo, agoviado con sus pesados infortunios.

En su primera época, en aquellos siglos que fueron como la aurora de su vida, México, risueña y magestuosa, ostentaba la esplendente diadema de su independencia y libertad; pero aquella reina de los lagos, en proporción que extendía el cetro de su dominación, fué manchando más y más sus manos en tanta multitud de bárbaros sacrificios, que la sangre de las innumerables víctimas sacrificadas á su fanatismo idólatra, le formaron una atmósfera sombría, negra, aterradora. Esa primera época de México, es la época de su barbarie, y de una barbarie cruel.

Después, cuando el atrevido Cristóbal Colón trazó sobre la embravecida superficie de mares desconocidos el camino de la civilización, México vió llegar á sus puertas á esta noble huésped en los esplendores de la luz evangélica; pero á su lado venían los sables castellanos, terribles instrumentos de la justicia divina, que venían á pe-

dir cuenta de tantos bárbaros y sangrientos sacrificios, en pena de lo cual pusieron al cuello de la hermosa vírgen del Anáhuac una cadena de esclavitud que debía arrastrar por tres siglos.

Pasados estos, México se lanzó á una lucha en que los contendientes, volviendo mal por mal convirtieron el suelo en un extenso lago de sangre, del cual brotó al fin un nuevo pueblo; que ni era el antiguo mexicano, envilecido con su bárbara idolatría; ni tampoco el español, con su cetro de hierro y sus pesadas cadenas para esclavizar á los vencidos. Era un nuevo pueblo que sin ser alguno de los dos que lo habían precedido, participaba de uno y otro: era el pueblo en quien se debía obrar la regeneración de México, para hacerlo llegar á la altura de la perfecta civilización.

Apenas este pueblo hubo entrado á la vida de las sociedades libres, y sintió el estrago de dos principios, que se han disputado el cetro del poder en medio siglo de luchas intestinas. Los dos principios que siendo hermanos, se convirtieron en rivales en el Oriente, y en la Grecia y en Roma y en la Europa del siglo XVI: el principio de libertad y el de autoridad. La parte de la sociedad que tomó á su cargo cantar los himnos de gloria del primero, se llamó partido liberal; y la que se preparó para la defensa del segundo, se llamó partido conservador.

El partido liberal, seducido por la halagüeña voz del principio que proclamaba, lo quiso todo para sí, sin conceder nada á su contrario. El partido conservador, sentado como en una base inmóvil en el principio de autoridad, desdeñó conceder desde luego sus derechos al de la libertad, esperando que el tiempo viniera á tocar á sus puertas para reclamar su herencia. Esto fué la causa de esta continua lucha, de esa división que ha conmovido á la sociedad en lo más hondo de sus cimientos.

Empezado el combate, el partido conservador reconoció la fuente del principio que sostenía, en su manantial natural, en las doctrinas de la Iglesia católica, y tomó en su mano el estandarte de la Cruz como enseña gloriosa de sus principios: el partido liberal, queriendo dominar solo, pervirtió sus máximas, cambió sus tendencias y traspasando las barreras de sus dominios naturales, transformó el principio de libertad en el de la demagogia, es decir: su principio fué el error; sus medios, la desorganización; su fin el despotismo de la anarquía. Lo cual está conforme con lo que ha dicho un ilustre escritor de nuestro siglo. «La demagogia no es un mal, ni una clase de mal; sino el mal por excelencia.»

El partido liberal que desde que hizo ese cambio, no es sino la demagogia, en su terrible y funesta carrera, todo lo ha arrasado en su furor de reforma. Puso su ojo lleno de zaña en el único freno que puede tener la sociedad, que es el de la religion y la moral; y la moral del Evangelio y la religion de Jesucristo sufrieron los terribles golpes del racionalismo, que al querer quitar sus arreos al principio de autoridad, destronó á Dios para darle el centro del poder á la miserable razon humana. Pero este avance, tan espantosamente asombroso como es, era sin embargo puramente especulativo, mientras que la envidia demagógica necesitaba resultados prácticos para saciarse: entónces la demagogia se convirtió en un comunismo práctico, que puso su mano sacrílega en las propiedades de la Iglesia, en las riquezas del altar y hasta en los mas sagrados objetos destinados al culto del Dios vivo. Y no queriendo este racionalismo comunista, dejar á su contrario ni la vida, llamó en su auxilio, ó mas bien, se convirtió en socialismo; y conmovió entónces á la sociedad desde sus mas íntimos y secretos resortes que son los de la familia en el hogar doméstico, hasta querer envilecer la dignidad sacerdotal, último y mas alto término de la

sociedad, como que es la egida sagrada de los derechos de la humanidad.

Todos estos avances los habia hecho el principio demagógico, por decirlo así, sobre la marcha, durante una sangrienta lucha con el partido conservador, que en el campo de batalla le habia disputado el triunfo en cien combates.

Unas veces vencido y otras vencedor, caminó uno y otro principio, por toda la extension del suelo mexicano, hasta que se vinieron á encontrar frente á frente en los muros de Querétaro. Empeñada una lucha desigual, el principio conservador resistió setenta dias los esfuerzos de la demagogia: en veintidos combates tremoló victorioso el estandarte el primero; y cuando el segundo no podía ya levantar del polvo su abatida frente con el esfuerzo de las armas esgrimidas en buena lid, se deslizó favorecido por las negras sombras de la noche; y al tocar las puertas de la ciudad, halló una mano aleve que las abriera, consiguiendo por este medio, lo que no pudo conseguir en un combate leal.

Entónces la alegría de la demagogia, no reconoció límites. «Ahogaré á mis contrarios, dijo, en su propia sangre; haré con sus cabezas una torre, que me haga llegar hasta el cielo; porque una vez que los sepulte en el cerro de las Campanas, no habrá quien me combata, no habrá quien suscite mas tempestades políticas en mi contra; abatiré el estandarte de la Cruz, y aseguraré mi dominación para siempre.»

Y así como lo concibió en su orgullo, así lo hizo porque así lo permitió el Señor que lo hiciera para su misma ruina: y á tambor batiente y bandera desplegada subió el Cerro de las Campanas con su víctima en la mano y regó la tierra con su sangre..... Y esa sangre era de doble efecto; de parte del vencido caía

sobre el ara de un generoso sacrificio como una víctima expiatoria, para purificar la tierra de las manchas que la imprimieran la idolatría de los pueblos antiguos, la injusta dominación del pueblo español, y los desaciertos del nuevo pueblo mexicano en su infancia. Pero á la vez cayó sobre los ojos de los que la hicieron derramar y los cegó; cayó sobre su cabeza y los enloqueció; cayó sobre su lengua y confundió su idioma, sin que desde ese momento se hallan podido entender, aunque al parecer hablan un mismo lenguaje.

Hechas las ejecuciones de Querétaro, se abrieron tambien las puertas de la capital, en una capitulacion ajustada entre los generales Porfirio Diaz y D. Ramon Tavera la cual se puso en práctica el dia 21 de Junio. Entonces el Gobierno de D. Benito Juarez ya no tuvo obstáculo alguno, y estando en posesion de todo el país, recibia plácemes de todos sus adictos, y mil himnos se entonaron al triunfo del principio demagógico, que se creyó asegurado para siempre en Mexico. Pero no fué así; y antes por el contrario, el mismo dia y en el mismo lugar donde el partido liberal creyó y dijo haber vencido, allí precisamente fué donde quedó derrotado. Este es ya un hecho, que en los momentos que estas líneas salen á luz, está plenamente justificado, y por lo mismo, pertenece ya al dominio de la historia.

El dia en que D. Benito Juarez volvia á ocupar la capital de la República, se hicieron mil fiestas para solemnizar el triunfo del partido liberal, triunfo que se extendia por todos los ángulos del país, sin que en toda su grande extension encontrara un solo enemigo que lo combatiera en el campo de batalla. Pero al dia siguiente, de la superficie de ese manso lago se levantó una nube que subió y creció; y cercó los horizontes con negras borrascas; y descargó furiosas tempestades sobre la tierra.

Y esta tempestad, no la levantaba el partido conservador con sus armas, sino con su sangre. La sangre derramada en el sacrificio del Cerro de las Campanas, fué la que confundió el lenguaje del partido liberal..... El mismo ya no se entendia!

D. Benito Juarez sentado sobre el palacio de los Moctezumas y de los Vireyos y de los Emperadores mexicanos, decia que defendia el principio liberal en la Constitucion de 57; y en nombre de esa misma Constitucion lo combatieron en Yucatan, en Tampico, en lo de Obejo, en Oaxaca, en la Ciudadela de México, en la Bufo de Zaca-tecas, en Durango y en Monteréy.

Un dia pareció calmarse la tempestad; pero no fué sino para levantarse mas furiosa. El termómetro del despotismo demagógico subió de punto; y el partido liberal se destrózó en tres fracciones. Cada una de estas se personalizó en un individuo: una enarboló como bandera la carátula de la Constitucion: otra formó su divisa del índice; y la tercera hizo su estandarte del artículo de la legalidad. Entonces se acometieron estas tres fracciones, con un furor inusitado; y un torrente de sangre volvió á inundar el suelo mexicano.

Y en toda esta escena de desolacion y de sangre, ni una sola voz del partido conservador. Es solo el partido liberal, que confundido en su lenguaje con la sangre del Cerro de las Campanas, ya no se entiende entre sí: todos sus miembros proclaman unos mismos principios; y en nombre de ellos mismos, se combaten y se hacen una guerra sin cuartel, para dejar históricamente demostrado con esta anarquía práctica, que en el Cerro de las Campanas, murió el verdugo y quedó viva la víctima. El Cerro de las Campanas es la torre de Babel para el partido liberal: allí fué abatido su orgullo y confundido su lenguaje!